

Yo soy la Vid, Ustedes son los sarmientos

Penelope Bridges, May 2, 2021

La teología del evangelio de Juan a veces me parece incómodamente exclusiva. ¡Corta las ramas! ¡Tíralas al fuego! Estas frases pertenecen a una tradición de fe distinta de la nuestra, a una comunidad cristiana en un contexto histórica muy diferente. Pero, cuando leemos sobre Dios, el labrador, que cuida a la Vid con amor, para que pueda ser saludable y robusta, esta es una parte de Juan con que podemos relacionarnos.

Los contemporáneos de Juan habrían escuchado la imagen de la vid y la conectado con su identidad y historia nacional. Los profetas escribían de Israel como la vid de Dios, una vid que a veces se volvió mal y dejó de dar fruto. Dios llegó con tijeras y la trajo de vuelta a una condición saludable. La vid es también una imagen para la prosperidad. Se necesita mucho tiempo hasta que la vid se vuelva productiva: una vid es una inversión grande. El premio para el trabajo es el racimo de uvas que dan el líquido precioso, la dulzura, y el vino para hacer alegre el corazón. Una vid abandonada y marchita es un monumento a la guerra y decadencia.

Jesús se identifica con Dios en la frase YO SOY dos veces en este párrafo. Este es el dicho ultimo de YO SOY en el evangelio de San Juan, después de yo soy el pan de vida; yo soy la luz del mundo, yo soy la puerta, yo soy la resurrección y la vida, yo soy el buen pastor, yo soy el camino, la verdad, y la vida; y, finalmente yo soy la vid verdadera. Jesús nos da una imagen llena de su mismo, la fuente de la vida eterna.

Jesús es la vid, en las manos de Dios el labrador. Y, entonces, Jesús dice, “y ustedes son los sarmientos.” Nosotros, sus discípulos, los seguidores del movimiento de Jesús, nos unimos con Dios por medio de Jesús. Esta vid vivificante nos alimenta y nos cuida, y damos fruto abundante por el trabajo del labrador y por nuestra relación con la vid. La vida de Jesús fluye a través de nosotros para que refresque el mundo, tan como el fruto de la vid refresca a los que lo comparten. Y para nosotros, cristianos, el fruto de la vid se vuelve a la sangre de Jesús, la fuente sacramental de la vida para los que permanecen en la vid.

Permanecer: Jesús permanece en nosotros y permanecemos en él. Y cuando permanecemos en él, cuando nos conectamos totalmente por él con Dios, nuestros deseos coincidirán con los deseos de Dios para nosotros. Cualquiera pidamos será conseguido, porque será lo que Dios quiere para nosotros. Permanecer es comprometerse a la vid y a la comunidad en que vive Jesús.

Nuestro rito del compromiso es el sacramento de bautismo, y ahora dirijo mi atención a la historia de los Hechos de los Apóstoles, y la pregunta que hace el eunuco a Felipe: ¿qué impide que yo sea bautizado?

Pensamos un momentito en este hombre. Es africano negro. Es un extranjero en Israel. Es eunuco. Viene a Jerusalén para adorar al Dios de los judíos, pero por cierto se destaca entre la multitud. Está afuera de muchas maneras. Anhela pertenecer, anhela entender las Escrituras. Anhela ser uno del pueblo de Dios. Me pregunto si el pasaje de Isaías que lee, sobre el matadero, sobre la humillación, sobre la pérdida de descendencia, lo recuerda de su propia humillación y mutilación.

Me pregunto si se siente confundido por los mensajes varios de las Escrituras, los que dicen que él, como eunuco, no merece estar en la presencia de Dios, y los que dicen que el eunuco fiel recibirá una consideración que tendrá más valor que hijos e hijas. Alguien que alguna vez se ha identificado como una minoría o como uno afuera, que ha luchado con la fe, debe apreciar su confusión. No es de extrañar que él quiera saber a quien se refiere el profeta. Quiere saber si, en cualquier manera, pueda este escritor antiguo y judío describir su propia experiencia.

Quizás tenemos la misma pregunta sobre las Escrituras. ¿Dónde estoy en esta historia? ¿es posible que Dios el labrador tenga espacio en la vid para mí? ¿Es Jesús en verdad el camino, la verdad, y la vida para mi? Felipe, un diacono, responde rápidamente a las preguntas dentro la pregunta. Trae al Dios y el mundo juntos en conversación, comparte la buena noticia de Jesús con este buscador hambriento.

Y ahora esa pregunta: ¿qué impide que yo sea bautizado? Quizás espera muchos obstáculos, como muchas veces en su vida. Muchos de nosotros podemos contar historias personales de los obstáculos que se ponían entre nosotros y una comunidad de fe.

Debemos preguntarnos: ¿Qué hacemos aquí en la catedral, conscientemente o inconscientemente, para evitar que la gente se sienta bienvenida en esta comunidad? ¿Cuáles expectativas tenemos sobre idioma, ropa, habilidades que se comunican a los visitantes?

Felipe alegremente bautiza a su nuevo amigo, y los dos prosiguen sus caminos con los corazones lleno de gozo. El Espíritu ha actuado, Felipe también, y la vergüenza del Etíope se ha vuelto al gozo, como es injertado en la vid hospitalaria del movimiento de Jesús.

Si seguimos el ejemplo de Felipe y de los otros evangelistas en los Hechos, también practicaremos la inclusión radical, como es justo. Si permanecemos en la vid, si escuchamos al Espíritu, oiremos el anhelo en la voz del buscador y actuaremos. Este es el amor descrito en la carta de San Juan: no es un sentimiento sino una acción en el nombre de Jesús, para invitar, no cerrar. Debemos permanecer en Jesús en todo que hagamos, para dar fruto de la paz y la justicia.

El labrador cariñoso y paciente permanece con nosotros, cuidándonos y guiándonos para que produzcamos fruto, fruto que refresca a los sedientos, que endulza la amargura del dolor, y que da un hogar para los que son espiritualmente sin hogar. Al labrador Dios sea la gloria.

Amén.